

LA ILUSTRACION



HEMEROTECA MUNICIPAL

de los



NINOS

URRUTIA

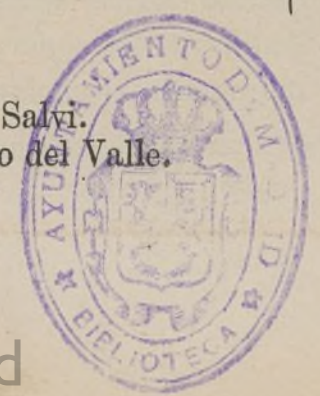
DIRECTOR PROPIETARIO
DON JOSÉ NOVI Y PEREDA

LISTA DE LOS COLABORADORES

- | | | |
|---|---------------------------------|---------------------------------|
| Doña Ángela Grassi. | D. Emilio Ruiz de Salazar. | D. Victor Navarro. |
| Doña Faustina Saez de Melgar. | D. Vital Aza. | D. Emilio Prieto y Villareal. |
| Doña Joaquina Balmaseda. | D. Antonio San Martin. | D. José Sanz de Diego. |
| Doña María del Pilar Sinués. | D. Ricardo Sepúlveda. | D. Francisco Gonzalez Guerrero. |
| Doña María Martí de Domínguez. | D. Eleuterio Llofriu y Sagra. | D. Félix de Leon y Olalla. |
| Excmo. Sr. D. Ramon de Campoamor. | D. Manuel Jorreto y Paniagua. | D. Erivaldo P. de Azpillaga. |
| Excmo. Sr. D. Fernando Corradi. | D. Joaquin Olmedilla y Puig. | D. Enrique Benavent. |
| Excmo. Sr. D. Eduardo Chao. | D. José Estremera. | D. Pedro Escamilla. |
| Excmo. Sr. D. José Gil Dorregaray. | D. Eusebio Sierra. | D. Antonino Elías Romero. |
| Excmo. Sr. D. Agustin Pascual. | D. Vicente Regulez y Bravo. | D. Narciso Diaz de Escovar. |
| Excmo. Sr. Baron de Córtes. | D. Emilio Ferrari. | D. José Casafont. |
| Ilmo. Sr. D. Mariano de la Paz Graells. | D. Gregorio Barragan. | D. Mariano Sanchez Bruil. |
| Ilmo. Sr. D. Francisco Javier de Salas. | D. José María Medina. | D. Quintin Labernesse. |
| Ilmo. Sr. D. Carlos Frontaura. | D. Fernando Martinez Pedrosa. | D. Mariano de Larra y Ossorio. |
| Rdo. P. J. A. García de la Iglesia. | D. Diego Perez Hernandez. | D. Emilio de Santos y Olive. |
| D. Ventura Ruiz Aguilera. | D. Pedro Ruiz Avila. | D. Eduardo Thuillier. |
| D. Teodoro Guerrero. | D. Vicente D. Bordanova. | D. Faustino Jouve. |
| D. Gregorio Mijares. | D. Francisco Muñoz y Rodriguez. | D. Manuel Lopez Calvo. |
| D. Alfonso E. Ollero. | D. Ignacio Bolivar y Urrutia. | D. Timoteo Domingo Palacio. |
| D. Daniel Balaciart y Tormo. | D. Domingo Fernandez Arrea. | D. Antonio Blanc. |
| D. Abdon de Paz. | D. Manuel Gonz. Alvarez, pbro. | D. Leandro Angel Herrero. |
| D. Eusebio Blasco. | D. José María Bolivar. | D. Pedro Lumbreras, pbro. |

ARTISTAS

- | | | | |
|---------------------|--------------------------|----------------------|---------------------|
| D. Mariano Urrutia. | D. José Muriel y Alcalá. | D. Manuel Salvi. | D. Manuel Fernandez |
| Antonio Caula. | Eduardo Novi. | Francisco del Valle. | de la Torre. |



Ayuntamiento de Madrid

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes, 6 id. trimestre.
 Provincias: 7-50, id.
 Extranjero y Ultramar: 6 meses, 5 pesos fuertes en oro.
 Número suelto, una peseta cincuenta céntimos.

SUMARIO

I. La undécima quincena.—II. Las galas de Abril.—III. Sentencia contra Jesús.—IV. Salve.—V. El mudo.—VI. El perro de Gerth.—VII. La oracion de la tarde.—VIII. El Código de Moisés.—IX. El perro y la liebre.—X. Sofía y Pascuala.—XI. Un jurado infantil.—XII. El poeta, el avaro y el perro.—XIII. Triángulos numéricos.—XIV. Solucion al problema del número anterior.

OFICINAS

Fuencarral, 3, pral.
 MADRID

No se sirve suscripcion cuyo pago no se anticipe.
 Anuncios y esquelas de defuncion de niños, a precios convencionales.

LA UNDÉCIMA QUINCENA

Madrid 15 de Abril de 1879

Despues de los dias de meditacion y recogimiento propios de la Semana Santa, la Pascua de Resurreccion ha vuelto á imprimir su sello de suntuosa solemnidad en los templos y en los altares.

Apenas el *Gloria in excelsis Deo* del Sábado Santo hendió el espacio, las campanas de las torres y las esquilas de las capillas, con su vibrante son, y los velos y cortinas al descorrerse y ceder paso á la luz, parece como que anunciaban al mundo una nueva vida.

Porque todo en el mundo guarda una armónica relacion que equilibra la tristeza con la alegría, la satisfaccion con la pena.

Y así en esa série no quebrantada de cambios y compensaciones, recorreremos la distancia que media desde el borde de la cuna al quicio del sepulcro.

A la vista, pues, de semejante continuidad, debemos todos limitarnos á sernos mutuamente útiles, ya que por este medio más nos acercamos á la realizacion del cometido que al nacer se nos confía.

Por tanto, infantiles lectores, cuanto sepais redundante ó favorece á tal fin, debeis acogerlo gustosos y gustosos cumplirlo, y así vereis ensanchar el círculo de la consideracion, el aprecio y la estima de vuestros semejantes.

Y como no nos limitamos sólo á daros consejos y á formular excitaciones recomendándoos la necesidad de que cultiveis la inteligencia, sino que, y por cuantos medios están á nuestro alcance, procuramos siga á la teoría la práctica, habreis notado que sin promesas pomposas, ni frases huecas, vamos en línea recta, en derechura, á la más exacta satisfaccion de nuestros deseos.

En anteriores cuadernos de esta Revista hemos dado comienzo á la publicacion del *Método de francés*, debido al ilustrado cuanto competente profesor D. Enrique Benavent, así como á la *Aritmética para niños*, del inteligente licenciado en ciencias

D. Mariano Sanchez Bruil, escrita expresamente para este periódico.

Con la del anterior número coincidió la lámina quinta del tan notable como sencillo MÉTODO DE DIBUJO, de figura, paisaje y adorno, debido al conocido y apreciable artista D. Mariano Urrutia, quien nos ha favorecido en extremo, y para bien de vosotros, con prestarse á facilitarnos el que él mismo emplea con éxito tan creciente para sus numerosos discípulos, y en su academia, situada en la calle del Calvario, 29, 3.º, que de todas veras os recomendamos, lectores infantiles. No retrasaremos mucho la publicacion de las lecciones teóricas que á este Método corresponden, y á fin de que os sea más fácil su comprension y estudio.

En el número próximo comenzaremos á dar á luz *Los Niños de la Biblia*, interesante obra para vosotros, del jóven y distinguido escritor D. José María de Medina, y en los sucesivos irán apareciendo los siguientes, que ya estamos preparando:

Viaje al rededor de una lágrima, novelita moral de costumbres infantiles, escrita en frase correcta y galana por el notable literato D. Gregorio Barragan, y cuya obra, al par que de agradable entretenimiento, os servirá ciertamente de enseñanza provechosa.

Método de gimnasia higiénica, ilustrado con láminas, por D. Mariano Urrutia, tan competente como autorizado en trabajos de esta naturaleza.

Historia de España para la infancia, por el inteligente y antiguo catedrático de esta asignatura en la Escuela Normal Central, D. Domingo Fernandez Arrea, director que fué del colegio de primera y segunda ensenanza de su nombre tantos años, y escrita expresamente tambien para LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS.

Devocionario para la Infancia, del ilustrado sacerdote D. Manuel Gonzalez Alvarez.

Método de Equitacion, por D. Saturio Sampil y Sampil, comandante de caballería, profesor del colegio de caballeros cadetes de Valladolid, y discípulo de la célebre escuela de Saumur, de París.

Otro *Devocionario*, escrito en verso bíblico, por el sábio presbítero D. Pedro Lumbreras.

Album de cromos á varias tintas, representando las travesuras propias de la edad primera de la vida.

A estos seguirán otros libros no ménos importantes, y cuya generosa oferta se nos ha hecho ya por varios colaboradores, que así de una manera tan marcada como honrosa, se aprestan y deciden á ayudarnos con su valioso concurso.

Todo por la infancia y para la infancia, nos hemos dicho desde el instante que surgió en nuestra mente el pensamiento de publicar LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS, y así exclamamos hoy que el plan va desarrollándose á la medida de nuestros esfuerzos.

Ni obstáculos nos detienen, ni dificultades nos alarman; pues ante la benévola acogida que nuestra obra va mereciendo, sentimos aumentar el estímulo y crecer el entusiasmo.

«Los libros gobiernan al mundo,» dijo el ilustre Barbeirach y nada más cierto. Por eso al emprender la publicacion de la Biblioteca escogida de LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS, estimamos no solo cumplir con un deber, sino al propio tiempo realizar uno de nuestros propósitos más firmes, cuál es el de que vosotros, apreciables suscritores, lleguéis á reunir una série de tomitos que, á la par que la instruccion á la inteligencia, lleven el agradable entretenimiento al ánimo.

JOSÉ NOVI Y PEREDA

LAS GALAS DE ABRIL

Venid, zagalejas,
alegres, donosas,
amables, hermosas,
de talle gentil.

Venid, cantaremos
con arpa dorada,
la brisa aromada,
las galas de Abril,
que asoma florido
su faz en oriente,
y ya en nuestra frente
su luz reflejó,
vertiendo armonías
la brisa hechicera,
en fresca ribera
su cetro dejó.

¡Oh! ved cual ostenta
sus bellos colores,
y aromas y flores
nos viene á ofrecer;
su luz en los campos
esparce amoroso,
y amor y reposo
derrama doquier.

Venid, zagalejas,
que el áura suspira,
y versos inspira
de alegre compás.
Cantemos, riamos,
que Abril es muy breve,
y el céfiro leve
se aleja detrás.

Venid, que es muy bello
sentir en el prado
el cántico arpado
del fiel ruiñeñor,
al ver que aparece
allá en la espesura,
y dulce murmura
sus quejas de amor.

Venid con el arpa,
zagalas donosas,
amables, hermosas,
de talle gentil;

Venid, cantaremos
tambien con las aves
las brisas suaves
¡Las galas de Abril....!

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR

SENTENCIA CONTRA JESÚS

I

Bramaba enfurecido el infame pueblo hebreo pidiendo á gritos la muerte de Jesús, frente al palacio *Larchi* (1).

Pilatos queria salvar á Jesús, á quien creia inocente de los crímenes que le imputaban sus encarnizados enemigos.

Habia enviado ya al cordero inmaculado al tetrarca Herodes, diciéndole en un escrito:

«El pueblo acusa á ese hombre de sedicioso y de promovedor de tumultos. Yo no hallo delito en él para castigarle, y por lo tanto, á tí lo envío para que lo juzgues y condenes si eso te parece justo.»

Tampoco el tetrarca creyó que debia condenar á muerte á Jesús, y se lo devolvió á Pilatos, despues de haber ordenado que vistiesen al inocente Mártir *la túnica de los imbéciles*.

(1) Residencia del pretor Poncio Pilatos en Jerusalem.

Creía que estaba loco, y como á tal, había dispuesto que vistiese la blanca túnica que, según la costumbre hebrea, solían usar en Jerusalem las personas faltas de razón.

Devuelto el hijo de María al representante del Emperador romano, el pueblo deicida continuó pidiendo á gritos su muerte.

A fin de decidir al pretor á que pronunciase la sentencia más inicua que registran las historias, los *escribas*, los soberbios *fariseos* y los príncipes de los sacerdotes, dijeron á Poncio Pilatos:

—¡Pretor; tú no conoces, ni tienes obligación de conocer como nosotros, á Jesús de Nazareth, de la *turba* de Galilea y de la *ley mosaica*!... Jesús es un hombre peligroso, y como tal, indigno de que procures cubrirlo con el manto de las misericordias. El impostor, el malvado, afirma que es hijo de Dios y rey de los judíos. Si no le condenas, si no atiendes nuestras justísimas quejas, enviaremos á Roma representantes de las doce tribus de Israel, representantes del Sumo Sacerdote y de los ancianos, representantes de los escribas y de los hombres libres, y hasta de los humildes siervos. Veremos entonces si nuestros emisarios, al pedir justicia contra tí al poderoso César, consiguen de éste lo que nosotros no podemos conseguir de su obcecado pretor.

Tembló Poncio Pilatos, temeroso de perder la gracia del Emperador Tiberio César, y tal temor le inclinó á pronunciar la sentencia contra Jesús. Sin embargo, aún procuró enternecer al sanguinario pueblo, presentándole al mártir de los mártires en el balcon del Pretorio, coronado de *espino albár*, empuñando por mofa un cetro de caña, y cubiertas las espaldas con un viejo manto de púrpura.

Empero el pueblo no se conmovió, ni aún en el momento de sufrir Jesucristo la cruel flagelación que salpicó de sangre la balconada del Pretorio. Todavía no desistió Pilatos de su laudable empeño, y asomándose al balcon de su palacio, habló al pueblo en estos términos:

—Pueblo de Jerusalem: desde que soy gobernador de Galilea, he estudiado sus costumbres, procurando por todos los medios imaginables captarme tu voluntad. Sé, por-

que conozco tu historia, que los hebreos siempre se han hecho notar por sus sentimientos nobles y generosos. Siglos hace que vuestros antepasados, sacudiendo el yugo egipcio, atravesaron á pié enjuto el mar Rojo. En memoria de suceso tan portentoso, habeis perdonado durante la Pascua, que vais á celebrar dentro de breves horas, á un criminal digno de la última pena. Los Césares romanos han aprobado costumbre tan piadosa. Ahora bien: ¿quereis hacer uso una vez más de vuestra prerrogativa?... Dos hombres criminales hay en Jerusalem; el uno es Jesús y el otro Barrabás, asesino cruel que, durante mucho tiempo, sembró el espanto por los contornos de la ciudad. Jesús, según el mismo tetrarca ha dicho, es más loco que criminal, en tanto que Barrabás ha robado, ha asesinado, ha violado á muchas doncellas, y ha hecho pasto de las llamas las mieses y las casas de hombres indefensos. ¿Quereis, por lo tanto, que condene á Barrabás y que salve á Jesús?

—No, no;—rugió el pueblo—condena á Jesús y salva á Barrabás... ¡Crucifícale!... ¡Crucifícale!...

II

Confuso, apesarado, volvió á entrar Pilatos en el salon del Pretorio. Ya iba á escribir la injusta sentencia, cuando su esposa Cláudia Próde se acercó á él, y le dijo conmovida:

—¡Esposo mio, detente! ¡El Nazareno es también Dios! ¡Durante la noche he tenido un sueño, durante el cual he visto á ese hombre á quien un pueblo bárbaro quiere que condenes á muerte, rodeado de resplandores; grande, infinito como el supremo Jove!... No te hagas cómplice de un crimen, esposo mio, y salva al *justo*; ¡salva al Dios á quien los malvados quieren sacrificar!...

Calló Cláudia Próde, y Poncio Pilatos quedó más confuso todavía de lo que estaba un momento antes.

Su conciencia le gritaba que su esposa tenía razón, y aún cuando no creía en la divinidad de Jesucristo, estaba persuadido de que éste era inocente. Sin embargo, el temor de perder el elevado puesto que ocupaba en Jerusalem y de que el César creyese que

era cómplice de un hombre sedicioso, pudieron más en él que la justa causa porque abogaban su conciencia y Cláudia Próde.

Vacilando todavía, cogió un *stilo* de caña, y deteniéndose á cada momento, se puso á escribir en un pergamino largo y estrecho. Escribía la sentencia de muerte del Hombre-Dios; de Aquel que iba á salvar á la pecadora humanidad.

III

Al terminar su tarea, Pilatos hizo pedazos el *stilo* de que acababa de servirse, y llevando en la mano el pergamino, subió de nuevo al balcón. Al verlo, las amotinadas turbas guardaron silencio.

—¡Oid!—gritó el pretor con acento formidable, que retumbó en la anchurosa plaza que se extendía frente al palacio de Larchi. Y fijando sus ojos en el pergamino, leyó la sentencia, que estaba concebida en los siguientes términos (1):

«En el año XVI de Tiberio César, emperador romano y de todo el mundo, monarca invictísimo, en la Olimpiada CXXI; edad XXXI, y de la creación del mundo, según el número y cuenta de los hebreos, cuatro veces MCXLVII; de la propaganda del imperio romano el año LXXII; del rescate de la servidumbre de Babilonia el CDXXX; y de la restitución del imperio sagrado el año CDXCVII, siendo cónsules del Pontífice romano, Lúcio Pizano y Marcio Saurico, procónsules del invicto Valerio Palestino, gobernador público de Judea, y regente y gobernador de la ciudad de Jerusalem Flavio IV su presidente gratísimo.

»Poncio Pilatos, regente de la Baja Galilea herodiana, anti-patriarca y Pontífice del Sumo Sacerdocio, Anas y Caifás; Ales Maélo, maestro del templo; Rabahan Ambel, centurion de los cónsules romanos y de la ciudad de Jerusalem; Quinto Cornelio Sublimio y Sexto Pompilio Rufo, á los XXV de Marzo.

»Yo, Poncio Pilatos, representante del im-

»perio romano, en el palacio de Larchi, nuestra residencia, juzgo, condeno y sentencio á muerte á Jesús, llamado Cristo Nazareno, de *la turba* de Galilea, acusado de hombre sedicioso de la ley mosaica contra el emperador Tiberio César.

»Determino y pronuncio, en razón de lo expuesto, que sufra la muerte clavado en una cruz á usanza de los reos, porque habiéndose congregado muchos hombres ricos y pobres, lo acusaron de promover tumultos por toda Galilea, fingiéndose *Hijo de Dios* y rey de Israel, amenazando con la ruina de Jerusalem y del sagrado imperio, y negando el *tributo al César*, habiendo tenido además el atrevimiento de entrar en la ciudad con palmas y en triunfo, acompañado de *la turba*, y de dirigirse en esta forma al templo sagrado.

»Por tanto, mando á mi centurion, Quinto Cornelio, que conduzca públicamente por la ciudad de Jerusalem á *Jesús Cristo*, *amarrado y azotado y vestido de púrpura*, *y coronado de espinas punzantes*, con la propia cruz á costas, para que sirva de ejemplo á todos los malhechores, y que lleve con él á dos ladrones homicidas que también serán colgados en cruces, á su derecha y á su izquierda, después de haberles descoyuntado brazos y piernas.

»Todos los cuales saldrán por la puerta Giancarola, llamada hoy Antoniana, é irán hasta el *Monte de los Malvados*, que se dice *Calvario*, en donde, crucificado y muerto *Jesús Cristo*, quede el cuerpo en la cruz para que sirva de espectáculo y de saludable escarmiento á todos los sediciosos.

»Mando, asimismo, que en la dicha cruz se ponga el siguiente letrero en tres lenguas: hebrea, griega y latina.

»En hebreo:

»*Jesú alvi Olisidin.*

»En griego:

»*Jesús Nazareno.*

»Y en latin:

»*Jesus Nazarenus, rex judaerum...*

—¡Nó! ¡Mil veces nó! gritaron infinidad de voces interrumpiendo al pretor. ¡Jesús no es nuestro rey!

Revolvió Poncio Pilatos los ojos mirando con furor al soez populacho, y después gri-

(1) Esta sentencia está tomada del precioso libro escrito por el erudito escritor D. Emilio Moreno, libro que se titula *Historia de Jesucristo*. (N. del A.)

tó inclinándose sobre la balaustrada del balcon:

—¡Yo lo mando!

Restablecióse instantáneamente el silencio, y el representante de Tiberio prosiguió:

»Y en latin, *Jesus Nazarenius, rex judaerum...*

»Igualmente mando que ninguno, de cualquier clase que sea, no se atreva temerariamente á impedir esta justicia por nos mandada, administrada y seguida con todo rigor, segun los decretos y leyes de los romanos y hebreos, bajo la pena en que incurren los que se rebelan contra el imperio.

»Yo, PONCIO PILATOS.»

IV

Sordo murmullo se elevó de la plaza tan luego como el pretor dejó de leer.

La sentencia que condenaba á muerte á Jesús fué confirmada por las personas siguientes:

Por las doce tribus de Israel, Raban, Daniel, Raban segundo, Joan, Berciar, Barbás, Isabec y Presidan.

Por el Sumo Sacerdocio, Júdas y Boncalazon.

Por los fariseos, Rolian, Simon, Daniel, Braban, Mordagin y Boncertassilis.

Por el imperio romano y presidente de Roma, Lúcio Sirsilio y Amostro Silio, notario público del crimen.

Y por los libres, Nastan y Roctenam.

V

Era cerca del medio dia cuando el Salvador salió del Pretorio bárbaramente empujado hácia el Calvario por sus implacables verdugos. Querian éstos que la muerte tuviera lugar antes de la noche, hora en que empezaba *el sábado* y con el sábado la Pascua.

Con asombrosa rapidez se habian hecho los preparativos del suplicio. De tiempo en tiempo sonaba una *tuba* (1) de metal, anunciando al pueblo de Israel el infausto suceso.

(1) Trompeta.

Despues se escuchaba la enronquecida voz del pregonero

Quinto Cornelio, y una parte de la centuria que mandaba aquel capitan romano, contenia á la muchedumbre soez y malvada que se agitaba furiosa en derredor de Jesús. Este no desplegaba sus lábios, y agobiado bajo el peso de la cruz bendita, pedia al cielo un generoso perdon para sus verdugos.

Despues de haber atravesado por bajo el arco sombrío de la puerta *Giancarola*, arco que recordaba á Salomon, Jesús volvió sus dulces y melancólicos ojos hácia la ciudad culpable, y exclamó con dolorido acento:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Jerusalem! ¡Cuánto te he amado! ¡Cuántas y cuántas veces he querido reunir á tus hijos como la gallina á sus polluelos bajo sus alas, y ahora me arrojas cruelmenteléjos de tí! ¡Ay! ¡Ay! ¡Jerusalem!

Empujaron los verdugos al sagrado Mártir, y éste continuó caminando trabajosamente hácia el lugar del suplicio. Poco despues tenia lugar la crucifixion del Redentor del mundo, en tanto que otros verdugos descoyuntaban á golpes los brazos y piernas del *mal ladron* y de Dimas, que por su arrepentimiento mereció que Jesús le dijese. —«Hoy serás conmigo en el Paraíso.»

VI

En el instante mismo de espirar Jesús, tan luego como el Mártir bendito hubo dicho:—«¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!...» tembló la tierra, oscurecióse el sol, y el trueno rodó por las alturas.

El sol poniente estaba teñido de rojo color. Pareciaque cada uno de sus rayos era un rio de sangre que se desplomaba sobre el mundo. Mugía además el viento, y embravecido el mar, amenazaba con salirse de los límites marcados por el Hacedor Supremo. La naturaleza entera protestaba contra el crimen horrendo cometido sobre la cumbre del Gólgota

Los enemigos más encarnizados que habia tenido Jesucristo, al ver esto, huian desparvoridos, confesando en alta voz que habian dado muerte al Mesías. El mismo Quinto Cornelio, antes de regresar á Jerusalem con

su centuria, inclinó la cabeza y la espada ante el cadáver de Jesús, y dijo á sus soldados:

—¡Verdaderamente que el Nazareno era Dios!...

En aquel momento, Longinos, que despues de haber alanceado á Jesús, acababa de recobrar la vista que el resplandor del rayo le habia quitado momentos antes, gritó:

—Oigan todos la confesion que voy á hacer... ¡Jesús Cristo! ¡Yo creo en tí! ¡Yo te adoro!

—¡Ah, Jerusalem!—añadió Quinto Cornelio.—El que quiera dar testimonio ante el pretor, de lo que ha pasado en este monte, puede hacerlo con mi autorizacion... ¡Yo tambien diré que el Nazareno era un Dios poderoso!...

Inclinó por segunda vez la espada ante el cadáver del Justo, y descendió del *Monte de las Calaveras*.

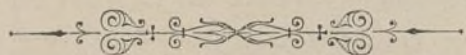
VII

Conforme llevamos dicho, tuvo lugar la Pasion y Muerte del Salvador de los hombres.

Pobre y mal cortada es nuestra pluma para referir el suceso de que acabamos de ocuparnos. Otros la han referido con más galanura de estilo, con más dulzura, con más encumbrada poesía.

Ante los géneos, inclinemos la frente.

ANTONIO DE SAN MARTIN



SALVE

Porque de Dios nuestro Padre,
Perdon ¡oh, Virgen! tengamos,
A tí diciendo llegamos
Dios te salve Reina y Madre.

La tea de la discordia
Tu divino aliento apaga;
Pues sólo la paz te alhaga,
Madre de misericordia.

Endulza nuestra amargura,
Con tu manto ampáranos,
Y ahora y siempre sálvanos,
Tú que eres *vida y dulzura.*

Ahora, benéfica muestra
Tu proteccion soberana,
A los que exclamando ¡Hosanna!
Llámante *Esperanza nuestra.*

Contritos á tí llegamos,
Misericordia pedimos,
Y llorando te decimos....
Dios te salve.... A tí llamamos.

Blanca paloma que lleva
El germen en sí de Dios,
Ruégale ¡oh, Virgen! por los
Desterrados hijos de Eva.

Si delincuentes pecamos
Porque con culpa nacimos,
Con fé nos arrepentimos,
Madre, y á tí suspiramos.

Si vamos peregrinando
Y horrores vemos aquí,
¿No hemos de llegar á tí,
Madre gimiendo y llorando?

Porque el Angel avasalle
A la serpiente infernal,
Tiende la mano al mortal
De lágrimas en el valle.

Aurora que al sol colora
Y á la luna la ilumina,
Dá tu proteccion divina
Al mortal, *Ea, pues, Señora.*

Tiéndenos tu santa diestra,
Y, por fin, compadecida,
Con el hijo de tu vida
Sé siempre *Abogada nuestra.*

Sí..... tus ruegos fervorosos
Que oiga benigno Jesús,
Y vuelve á nosotros tus
Ojos misericordiosos.

Huiremos de todo yerro
Con el alma arrepentida,
Paz gozando en esta vida
Y despues de este destierro,

Si alcanza el mortal contrito
La clemencia de su Dios,
Contritos ya, muéstranos
A Jesús, fruto bendito.

Antorcha clara y purísima
Que guía á la salvacion,
Salió nuestra redencion
De tu vientre ¡Oh! clementísima.

Tú, que concebiste un día,
Quedando pura, virtuosa,
Sin mancha ¡Oh! dulce... ¡Oh! piadosa
Y siempre Virgen María,

Señora, ruega por nos.
Y así serán perdonados
Nuestras culpas y pecados,
¡Oh! Santa Madre de Dios.....

De tanta ventura indignos
Somos, Señora, lo sé:
Mas te rogamos con fé
Para que seamos dignos.

Míranos junto á tu altar,
Disipa tantos horrores;
Tú, digna madre de amores,
¡De alcanzar y de gozar....!

Tú, que siempre te interesas
Por todo el que sufre y llora;
Tú, que eres la intercesora
Del que cumple *las promesas.*

Sé protectora de tus
Hijos, que imploran favor,
Madre de Nuestro Señor
Jesucristo. Amen Jesús.

M. N. Y C.

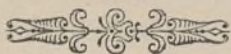


EL MUDO

FÁBULA

Tenia la costumbre un pobre hombre
de no llamar á nadie por su nombre;
y con motes y apodos
llamaba él sin distincion á todos;
mas uno un día no sufrió tal mengua,
y de ira lleno le arrancó la lengua.
Y al verle *mudo*, sin tenerle duelo,
castigo, dicen todos, fué del cielo:
desde entónces, el *mudo*, por escrito,
su vicio dice á todos que es *maldito*.
Sea, pues, nuestro lábio muy discreto;
nunca jamás ofenda,
y quien falte á su prójimo al respeto
esta máxima ruego que se aprenda.

ALFONSO E. OLLERO



EL PERRO DE GERTH

Gerth era un antiguo y fiel servidor de la casa
de los condes de Newburg, en Pomerania.

Tenia un magnífico perro de raza anglo-sajona,
que era su inseparable compañero.

Un día frío y nebuloso, como la mayoría de los
que se suceden en aquel país, ocurrió en el alcázar
de los condes un crimen espantoso.

El primogénito de la familia apareció en su
cuna asesinado, sin que nadie pudiese averiguar
ni aún sospechar, el autor ó autores de tal fechoría.

La consternacion se apoderó, como es natural,
de todos los moradores de la comarca.

El perro de Gerth, que nunca se alejaba de la
cuna del niño, desde el día que éste naciera, daba
señales inequívocas del dolor de que se hallaba po-
seído, demostrándolo con sus ahullidos lastimeros.

Además, el pobre animal tenia el cuerpo acribi-
llado de heridas de daga.

El asesinato del desgraciado é inocente infante
no podia atribuirse á otra cosa que á una ven-
ganza.

El conde de Newburg, por su adhesion á las ins-
tituciones imperiales de Alemania, tenia muchos
enemigos entre los partidarios de la confederacion,
que hacian una guerra de exterminio á todos sus
contrarios.

Por más que los alguaciles del Bailio trabajaron,
no pudieron dar con la huella de los asesinos.

Habian trascurrido dos semanas, y ya el perro,
perfectamente curado, corria por el parque del
castillo.

De pronto se para en un sitio y con ahullidos
dolorosos empieza á escarbar el terreno.

Un objeto habia allí enterrado; era una daga,
manchada de sangre y en su pomo las iniciales
de Kurth, jefe de los anti-imperiales.

Por aquel arma se descubrió el asesino, que pagó
su crimen en la horca.

El perro fué el instrumento de que se valió la
Providencia para castigar al culpable.

Amad á los perros, queridos niños, porque ellos
son el mejor y más adicto compañero que Dios nos
dió, entre todos los animales de la creacion.

No les hagais daño, porque ellos os aman tam-
bien.

M.





LA ORACION DE LA TARDE

Jugando estaban dos niños
En alas de la ilusion.
Sus gritos, sus carcajadas
Y su placentera voz,
El eco fiel repetia
Debilitando su son.

Era al caer de la tarde,
Bañaba en el mar el sol
Sus últimas llamaradas
De un oro deslumbrador.

De repente, de la ermita
Metálico son vibró,
Quedaron los pequeñuelos
En inmóvil posicion.

Suspendieron las carreras,
El juego se abandonó,
Y al cielo vueltos los ojos,
Una cristiana oracion
Gravemente pronunciaron,
De hinojos puestos los dos.

El postrer rayo del dia
De una aureola los ciñó;
Soledad, sombra imponente
Reinaron en derredor.

Y al ruego de la inocencia,
Que en el cielo resonó,
Sonrieron los querubes
Y conmovióse el Creador.

VÍCTOR NAVARRO

EL CÓDIGO DE MOISÉS

IV

Cuarto mandamiento

HONRAR PADRE Y MADRE

En la cima del Sinaí entregó Dios á Moisés dos tablas de piedra. En la primera se consignaban los deberes del hombre para con su Creador, y en la segunda las obligaciones de los seres humanos entre sí.

Al abrir la criatura los ojos á la luz del mundo, lo primero que vé en sus inciertas miradas es dos personas que le han dado el ser material, y que se desvelan por prodigarle sus más tiernos cuidados. Los padres que se interesan por la felicidad de aquel que es sangre de su sangre y parte integrante de su corazón.

El alma verdaderamente grande abraza en su afeccion á todo el género humano; pero con mucho

más motivo debe profesar un tierno cariño hacia los que le dieron el sér. Esto nos lo enseña la ley natural. El amor filial es espontáneo; pero si así no lo fuere, hay un precepto escrito que lo establece.

Honra á tu padre y á tu madre para que vivas largo tiempo sobre la tierra que te ha de dar el Señor tu Dios, es el mandamiento cuarto del legislador del pueblo hebreo.

Debemos venerar á aquella que nos ha llevado en su seno, que nos ha alimentado con la leche de sus pechos, que nos ha enseñado gradualmente á expresar nuestros deseos y que ha soportado infatigable las enfermedades y sinsabores de nuestra infancia. Los continuos y solícitos cuidados de una madre, jamás se pueden pagar debidamente, por inmenso que sea nuestro reconocimiento, por asidua que sea nuestra ternura, ni por ciega que sea nuestra sumision. Ella se merece más, mucho más, porque la llama de su amor es tan intensa, que consume todo el cariño que por ella sintamos.

Seis siglos antes de Jesucristo, un filósofo griego, Pitágoras, habia dicho á sus discípulos: *Respetá á tu padre, á tu madre y á tus parientes más próximos*. Y es que esta obligacion es innata en el hombre, y por eso está grabada en el corazón de todas las generaciones.

Leed, queridos niños, la siguiente historia, que se consigna en los anales del Japon, en la cual se halla un rasgo notable del amor filial:

«En el reinado del emperador Yekoum, habitaba en una ciudad del Japon una pobre viuda que tenia tres hijos.

La pobre madre era anciana y se encontraba sumida en la más espantosa miseria. Sus hijos, que aún eran muy jóvenes, no ganaban lo necesario para atender á la subsistencia de ella, pues la enfermedad que la aquejaba consumia el escaso producto de los afanes de los tres hermanos.

Un hambre cruel, que se extendió por todas aquellas regiones, vino á empeorar más la infausta situacion de la desgraciada familia.

Los tres mancebos, que veian á su madre presa del dolor y sin poder atender á su alivio, concibieron una resolucion bien extraña, por cierto, pero nacida de la amorosa pasion que sentian por la que les dió la existencia.

Un famoso bandido tenía aterrorizado todo el imperio japonés. Sus tristes fechorías habian sembrado el luto y la desolacion por todas las comarcas, y apenas habia familia que no tuviese que llorar la pérdida de algun pariente asesinado por el malhechor, ó el robo de sus intereses, llevado á cabo por él.

Nadie podia alejarse de los muros de una ciudad

sin exponerse á caer en manos del feróz criminal. Ninguno podia resolverse á emprender un viaje, por no ser víctima de algun golpe de mano de los que con tanta osadía verificaba el bandolero.

Inútil habia sido hasta entonces que los soldados imperiales persiguiesen sin descanso al célebre ladron. Este sabia esconderse en sus impenetrables guaridas y siempre se hallaba por los lugares opuestos á aquellos en que era buscado. El emperador estaba furioso, porque sus tropas, siendo tan numerosas, no podian dar con la pista de aquel hombre, que era invisible é impalpable para todos.

Agotados ya todos los medios para apoderarse del criminal, á quien nadie conocia, pero cuyas hazañas eran terribles, Yekoum publicó un edicto ofreciendo una gruesa cantidad de oro al que presentase al astuto salteador.

Al llegar esta noticia al conocimiento de los tres hijos de la viuda, desesperados por la mísera situacion de su madre, determinaron echar suertes entre si, y el que le tocase se fingiese ladron, siendo conducido ante la justicia por sus otros dos hermanos, para ganar estos el premio prometido.

En efecto, el jóven de menor edad, á quien cupo la suerte, fué atado y conducido por sus hermanos á la cárcel pública.

Interrogado el preso por el juez, confiesa que es efectivamente el bandido, autor de tantos crímenes, por lo cual es cargado de cadenas y encerrado en un oscuro calabozo mientras llega la hora de ejecutarse la sentencia de muerte.

Sus dos hermanos recibieron la fuerte suma designada en el edicto, condolidos de la desgracia de aquel que se sacrificaba por amor á su madre.

Antes de partir para su casa quisieron despedirse del inocente reo, y una vez otorgado el permiso, penetraron en la prision y le abrazaron amorosamente con el mayor desconsuelo.

—Adios, hermano nuestro, le decia, el corazon se nos desgarró al alejarnos de tu lado. Nuestra querida madre tendrá en adelante medios con qué atender á sus necesidades, pero, ¡qué caro y amargo será desde hoy el pan que ha de llevar á su boca!

—Id tranquilos, respondió el encarcelado. Yo moriré con resignacion, porque doy la vida por quien antes me la dió á mí. No lloreis por mi desgracia que yo sucumbiré gustoso. Abrazad á mi madre, y que me dispense su bendicion.

Después de esta tierna despedida marcharon los dos jóvenes á su casa con el alma acongojada, hallando á la anciana en la mayor desolacion por la tardanza de sus hijos.

Mientras ellos estuvieron en la cárcel despi-

diéndose de su hermano, uno de los guardianes de la misma habia estado escuchando, y se habia enterado, por consiguiente, de toda la conversacion. Contó al momento al juez lo que sucedia, y éste ordenó que siguiese los pasos á los mancebos y le diese conocimiento de todo lo que averiguase.

Al entrar, pues, en su casa, los hermanos del fingido ladron comunicaron á su madre lo ocurrido, haciéndola entrega, á la vez, del dinero que traian.

Los gritos y lamentos de la desdichada mujer fueron indescriptibles. Arrojó lejos de sí aquel oro maldito y llamaba á voces frenéticas al hijo de sus entrañas.

El esbirro que estaba escuchando se cercioró de todo lo que deseaba, y marchó á la ciudad á notificarlo á su jefe. Este hizo conducir á su presencia al preso y le intimó por todos los medios que dijese la verdad.

El jóven persistia en que era el ladron que con sus crímenes tenía consternado todo el imperio. Ni súplicas, ni amenazas hiciéronle desistir de su confesion, hasta que, enternecido el juez, al ver aquel prodigio de amor filial, se arrojó en sus brazos y llorando le dijo: «Eres un hijo como ninguno y tu conducta me llena de asombro. Almas como la tuya sólo son dignas de la veneracion del mundo.»

Corrió inmediatamente á dar cuenta del suceso al emperador, quien hizo comparecer ante su presencia á los tres hermanos y á la madre, mandando á ésta que conservase la cantidad entregada anteriormente á sus hijos y colmando á estos de honores y distinciones.

El que tan generosamente estuvo á punto de sacrificar su vida por la de la autora de sus dias, se vió elevado por esta accion á la dignidad de primer ministro del Japon, y al poco tiempo logró capturar al ladron tan temido, quien expió en la horca todos sus crímenes.

Largos años vivieron felices los miembros de esta familia, y la fama llevó sus nombres por todos los confines del mundo.

Ya veis, queridos niños, cómo Dios premia al hijo que ama á sus padres, segun se merecen, y se sacrifican por ellos.

El mismo Jesucristo nos dió el ejemplo de la sumision que á los padres se debe. El estuvo sujeto á ellos hasta la edad de treinta años, en que dió principio á su divina mision. María, modelo de las madres, sólo mereció de su Hijo un amor infinito como el alma que le albergaba, grande como la sabiduría de su Padre, eterno como su Autor.

Salomon, el rey Sábio, el monarca más poderoso de su siglo, el que no conocía más superior que Jehová, se bajaba del trono cuando Betsabé, su madre, entraba en su presencia, porque sabía que todo el poderío de un rey no tiene comparacion con la majestuosa corona de la maternidad, que ciñe la cabeza de la mujer que nos llevó en su seno.

El hijo que honra á sus padres se honra á sí mismo, porque la sangre es una misma, por más que las tendencias sean á veces distintas.

El Redentor del mundo amó á su madre hasta la cumbre del Gólgota. Allí murió, bendiciendo á la que le dió el ser, y ésta apuró hasta las heces el cáliz de la amargura al ver martirizar á un hijo, pedazo de su corazon. Sin embargo, esta madre supo dominar varonilmente las angustias de su alma, porque aquella sangre vertida lavaba al mundo entero la mancha de la prevaricacion.

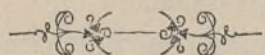
Por eso la madre de los Macabeos, amando ciegamente á sus hijos, tuvo el valor suficiente para presenciar con ánimo sereno el sacrificio de los siete mancebos. Ella tenia la conviccion de que si perdian la vida de la tierra, conseguian la de la inmortalidad, porque sacrificaban su existencia á la libertad de la pátria.

Tambien la pátria es nuestra madre, inocentes pequeñuelos, y cuando llega el momento de acudir á su defensa, deber sagrado es morir por ella. La tierra en que nacimos es una de las afecciones más puras del corazon, y maldicion eterna caerá sobre aquel que al ver su pátria oprimida, huye del peligro y la deja abandonada al enemigo.

Amémosla, que ese es nuestro deber.

Honremos á nuestros padres, porque de ese modo conseguiremos la vida larga y feliz que nos promete en la Sagrada Escritura el Soberano Autor de todo lo creado.

JOSÉ MARIA MEDINA.



EL PERRO Y LA LIEBRE

FÁBULA

I

Por un sendero tortuoso,
perseguida por un perro,
iba corriendo una liebre,
veloz como el mismo viento.

El perro, al correr, decia,
redoblando sus esfuerzos:

—¡Dadme ayuda, haced que alcance
á esta liebre, santos cielos!

La infeliz liebre clamaba,
su muerte cercana viendo:

—¡Santos cielos, libertadme

de los dientes de este perro!

Y el cielo se vió confuso
entre ruegos tan diversos,
no pudiendo ser propicio
para ambos al mismo tiempo.

*¡Cuán contrarias peticiones
suelen dirigirse al cielo!*

No sé cómo tiene oidos

Dios para oir tantos ruegos.

II

Corria el perro chillando,
huia la liebre gimiendo,
echando ambos á porfia
de su ligereza el resto.

La liebre pierde camino
y gana camino el perro;
ya se aproximan, se tocan
y el alcance va á ser cierto;

Cuando en un profundo abismo,
abierto por hundimiento
con las invernales lluvias
de la estrecha senda en medio,

Cayeron entrambos juntos
y juntos ambos gimieron
del precipicio en el fondo,
todo magullado el cuerpo.

*Tal vez con el perseguido
el perseguidor soberbio
perece; justo castigo
que sobre él fulmina el cielo.*

III

Despues de exhalar mil ayes
y quejidos lastimeros,
aliviados sus dolores,
de la honda zanja salieron.

Arrastrándose la liebre
por entre matas y brezos,
llegar pudo á su guarida,
y se vió libre de riesgos.

*Al débil, aunque lo ostiguen,
al fin lo defiende el cielo.*

IV

A la liebre vió marcharse
con grande pena el podenco,
sin poder, perniquebrado,
mas que mirarla de léjos;

Y cojeando volvióse
á la casa de su dueño,
teniendo que guardar cama
con dolores mes y medio.

*Los perseguidores siempre
ven fallidos sus intentos.*

MANUEL GONZALEZ ALVAREZ

(PRESBITERO)

SOFÍA Y PASCUALA

Un día del Córpus fueron convidadas algunas niñas á merendar en una hermosa finca campes- tre, situada en el lindo pueblo de Chamberí, á poca distancia de Madrid; las llevaba allí la direc- tora de un colegio, que deseaba tuviesen algunas horas de expansion y corrieran por el hermoso jar- din lleno de flores y de frutas.

Las niñas eran veinte, todas de buenas casas; todas, aunque con trajes sencillos y campestres, elegantemente vestidas; como una alegre bandada de pajarillos de mil lindos colores, se precipitaron en el jardin y empezaron á dar gritos, á cantar y á disponer juegos, dirigiéndose unas á los colum- pios, otras á cortar las perfumadas rosas, y las más traviesas á buscar nidos.

Sofía, que contaba nueve años, y era delicada de salud, no pudo seguir á sus turbulentas compa- ñeras, y se quedó sola buscando las últimas viole- tas, pues modesta ella, como estas flores, les dedi- caba toda su simpatía; pero como en Junio son ya muy escasas, apenas hallaba ninguna, por más que separaba la yerba con cuidado.

Al dar la vuelta á un senderito que salia de una glorieta, se halló cara á cara con una niña casi de su edad; cubierta de harapos, pálida, flaca, y cu- yos ojos huraños demostraban un carácter áspero.

La pequeña mendiga la miró un instante; luego volvió la cabeza, se dejó caer sentada sobre la yer- ba del sendero, y, con aire cortado, apoyó la meji- lla en la palma súcia de su mano derecha.

Sofía se detuvo con el corazon oprimido; era una niña sensible y buena, á la que el dolor ageno la impresionaba hondamente; se acercó con timidez á la que se habia sentado y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Pascuala, contestó la mendiga lacónicamente.

—¿A qué has venido?

—A que la señora Agustina la arrendadora me dé un vestido viejo que me ha ofrecido.

—¿Para tí?

—Para mi madre.

—¿Qué! ¿no es para tí, y vas casi desnuda?

—Mi madre va más desnuda que yo.

—¿Tan pobres sois?

—Como que sólo tenemos lo que me dan de li- mosna á mí, pues mi madre está baldada y no puede salir.

—¿No tienes padre?

—Se ha muerto.

El corazon de Sofía se conmovió de pena; ¡ella tenia unos amantes y cariñosos padres! ¡Tenia ele- gantes sombreros, lindos vestidos, casa magnífica

y buena mesa, y la desgraciada Pascuala carecía de todo!

—Mira, le dijo, ven mañana por la mañana á mi casa; la señora Directora del colegio nos ha traído hoy á divertirnos aquí á todas las que en los exáme- nes hemos sacado buenas notas; los exámenes han sido hace cuatro dias, y mi mamá me ha dicho que esta noche me concederá lo que yo quiera en pre- mio de mi aplicacion; vente á las once sin falta.

Pascuala no olvidó el encargo; á las once llegó á la casa de Sofía, cuyas señas le habia dado ésta, y los criados, prevenidos de antemano, la hicieron pasar al comedor, dónde la familia acababa de almorzar.

—Mamá, dijo Sofía, levantándose y tomando por la mano á su protegida; esta es Pascuala, la pobrecita de que te hablé ayer; tú me has dicho que por haber sacado las mejores notas del colegio me concederías lo que yo te pidiera; ¿no es cierto?

—Sin duda, hija mia, pide lo que quieras.

—Pues bien, permíteme que parta mis vestidos con Pascuala; no le daré los de seda, porque á ella para nada le sirven; pero sí los de percal y alguno de lana; además, le daré medias, ropa blanca y unos zapatos.

—Hija mia, dijo la buena madre, tu corazon es tan hermoso como grandes tu docilidad y aplica- cion; no solamente te doy permiso para que com- partas tu ropa con Pascuala, sino que desde hoy vivirá en casa y se le dará una buena educacion, que deberá á tí.

—¡Ay, señora; y qué será de mi pobre madre! exclamó Pascuala llorando; soy muy desgraciada teniendo que renunciar á la caridad de V. Pero mantengo á mi pobre madre enferma con lo que recojo de limosnas, y por nada del mundo la aban- donaria.

—Lejos de eso, mi querida Pascuala, tu madre vivirá á tu lado; la haré trasladar aquí y os daré una habitacion buena y ventilada, y pronto lle- gará el día en que tu cariño filial pueda hallar re- cursos seguros y cuantiosos para que puedas asis- tir y cuidar á tu buena y desgraciada madre.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

UN JURADO INFANTIL

Si buskais la justicia en toda su pureza, acudid á un corazon inocente.

I

—¡El loco! ¡el loco!—gritaba una turba de muchachos, agrupándose tumultuosamente en re- dedor del anciano Andrés.

—¡Silencio!—dijo con faz severa, en voz ronca y cascada por el peso de sus años.

—¡Qué cante el tripili!—replicó Luis, que era quien capitaneaba el grupo de aquellos insolentes chicuelos.

—¡Qué baile! ¡que baile!... decían otros.

Y entretanto le cercaban, formando con sus manos una valla insuperable al infeliz mendigo, que en vano se esforzaba en desasirse de aquella turba insolente, cuyas voces desconcertadas y atronadoras eran capaces de hacer perder el juicio al que le tuviese mejor sentado. Con sus saltos y gritos apenas dejaban escuchar las sentidas quejas del venerable anciano, y todos sus esfuerzos fueron inútiles para convencerlos de su detestable conducta. Levantó en alto el desdichado Andrés su encorbado báculo, como para castigar tanto atrevimiento, y á su actitud amenazadora, cesó repentinamente el alboroto; pero el anciano, antes de ceder á aquel violento arranque de justa indignación, reflexionó un instante, y dijo:

—¡Ah! no; no manche yo mis rugosas manos en sangre de inocentes niños, que no saben apreciar hasta qué punto llega su criminalidad... ¿Quiénes sois, víboras pequeñuelas, que así manchais el alma virgen que el Hacedor os dió? ¿Quiénes sois, insensatos, que con tal encarnizamiento perseguís á un pobre viejo...? ¡Huid, huid á esconder vuestra vergüenza en el regazo de una madre que ignora lo que estais haciendo! ¡Cesad de mortificarme, y... yo os perdono... sí... os perdono!

Hasta aquí habian escuchado con atencion las sentidas palabras de Andrés; pero de repente una prolongada carcajada, los gritos y el tumulto más atronador, le hicieron conocer que toda su peroración habia sido no sólo inútil, sino intempestiva. Le cercaban de nuevo; le daban mil empujones; le agarraban de los faldones de su andrajosa levita, y cada vez más iban reduciendo aquel pequeño círculo, al compás de una vergonzosa y repugnante letrilla que habia compuesto Luis.

¡Salga el toro
del toril,
salga el tío Andrés
que le quiero
ver morir...!

Con el tripili, tripili, trápala,
que hoy el tío Andrés
ya no se escapa.

Y el anciano, fatigado de tanta insolencia, cayó al suelo, cubriéndose el rostro con sus temblorosas manos, para ocultar el llanto degarrador que abrasaba sus mejillas.

—¡Dejadme, por Dios, niños, no me maltrateis hasta el punto de envolver mi cara con el polvo! ¡Dejadme ya, dejadme!—murmuraba sollozando aquel desconsolado viejo.

Antonio, uno de los niños, alzó entónces su noble voz, y, enternecido á la vista de aquel cuadro desgarrador, se opuso á que un tropel de amigos suyos cayesen precipitadamente, como lo iban á hacer, sobre el mísero Andrés.

—¡No seais bárbaros!—dijo á sus compañeros.

—¿No le veis casi sin sentido? ¡Luis tiene la culpa de todo; hemos cometido una villana acción, un

crimen! ¡No haya ninguno entre mis amigos que ose ya tocar al desdichado Andrés!

—¡Pobre Andrés! tiene razón Antonio; hemos obrado muy mal.

—Muy mal, sí, muy mal—repetían todos.

—Y Luis, cuyo perverso corazón jamás latía á los gritos de un bello sentimiento, no tuvo á bien contestar á las palabras de Antonio, que tan maravilloso efecto habian producido en aquel infantil auditorio.

Andrés, repuesto ya algun tanto de su fatiga, tomó su báculo, y con su ayuda y la de Antonio pudo levantarse á duras penas.

—Señor Andrés,—dijo Antonio,—perdónenos usted la ofensa de esta tarde... todos estamos arrepentidos... ¡hemos causado á V. tanto daño!

—¡Sí! perdónenos V., que seremos buenos en adelante...—contestaron más de veinte niños á la vez.

Únicamente Luis, algun tanto retraído, se mostraba cabizbajo, sin articular palabra.

—¡Ah!—contestó el anciano,—bien decia yo que érais buenos... que teníais un corazón inocente; que abrigábais un alma generosa! ¡Habeis ofendido á Dios, sin saberlo; y, cuando visteis el profundo dolor de mi corazón, entonces comprendisteis todo el mal que me habíais causado! Ya no lo hareis jamás... obedecereis á vuestros padres... á vuestros maestros... á los ministros del Señor... á los ancianos que tienen blanca su cabellera, como yo... que están pisando la losa fría del sepulcro... en fin, á todos vuestros superiores!

—¡Sí, sí, seremos buenos... y hemos de tener á usted mucho cariño... mucho, señor Andrés!

Así querían purgar aquellas almas candidas el infame delito que habian cometido.

—¿Me lo prometeis...?

—¡Y tanto como será...! Si V. quiere, pronto castigaremos á Luis, que él ha sido quien ha gritado, ¡el loco! ¡el loco!

—Castiguémosle... sí... sí... ¡castigarle!—dijeron á una voz todos los niños.

—¡Ay! ¡ya huye...! ¡Vedle trasponer aquella esquina...!—interrumpió Antonio á sus compañeros.

—Pues á seguirle, que es preciso...

—¡Alto! ¡queridos niños!—repuso el anciano Andrés.—Me habeis dado palabra de obedecerme y ahora os reclamo el cumplimiento de esa palabra empeñada; ¡que no sepa yo que habeis puesto las manos en vuestro compañero...! Los niños deben amarse como buenos hermanos que lo son de Jesucristo. Recordad siempre aquella máxima del Evangelio: *Amad al prójimo como á vosotros mismos*. Luis tiene bastante castigo, si ha comprendido, como no puede ménos, la mala acción que acaba de ejecutar... Por su villano proceder ha perdido el ascendiente que sobre vosotros tenia, y le atormentará su conciencia, que es espejo donde se retratan las acciones humanas. Cada vez que recuerde este acontecimiento... ¿me dais palabra de no hacer daño á Luis?

—Sí, señor, porque es V. muy bueno, y porque le queremos mucho...—contestaron á la vez unos cuantos niños.

—Me parece muy bien lo que nos manda el señor Andrés,—dijo Antonio—pero no debe quedar im-

pune y sin el merecido castigo la falta del pícaro Luis; yo he de ser su acusador fiscal.

—¿Qué intentas hacer?—dijeron sus compañeros.

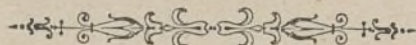
—Mañana lo vereis, replicó secamente Antonio: y V., señor Andrés, no tema que quebrantemos su precepto; pero sabrá V. á su tiempo el castigo que ha recibido Luis.

Esto dijo Antonio afectando la gravedad de un hombre, y todos se disponían á acompañar hasta su pobre morada al buen viejo, que no quiso aceptar de modo alguno tan amable compañía, por no llamar la atención.

Al poco tiempo, todas estas inocentes criaturas se habían entregado á sus ordinarios juegos, olvidándose, tal vez, del triste incidente acaecido momentos antes. Sólo Antonio, cuya hermosura del rostro era la viva imagen de la belleza de su alma, se había apartado de sus compañeros, y al parecer, premeditaba un gran pensamiento, según lo abismado que se encontraba acariciando sus ideas. Pasó así la tarde de aquel día, y cuando el sol inclinaba su dorada frente al ocaso, y asomaban centelleantes las estrellas en el azul firmamento, cada uno fué retirándose á su vivienda, y comentando á su manera el suceso ocurrido con el señor Andrés.

DOMINGO FERNANDEZ ARREA

(Se continuará)



EL POETA, EL AVARO Y EL PERRO

FÁBULA

Á MI BUEN AMIGO G. BARRAGAN

Por cuestion de una mísera peseta,
con indecible encono,
un Avaro riñó con un Poeta;
y al salirse de tono,
así al Vate insultaba el majadero:
—¡Desdichado coplero;
parlanchin infeliz; grotesco mono;
ente raro que vive, á lo que infero,
sin vestir, sin comer y sin dinero!
¿Quién eres tú, si por indicios hartos
sé que no tienes treinta y cuatro cuartos?
vástago de una raza insoportable
que habla de Dios, de patria y de virtudes,
sin que pase de ser un miserable.

Con tal resignacion, que maravilla,
le contestó el Poeta al Avariento,
sin romperle siquiera una costilla:
—¡Aún me encuentro! ¡Pardiez! de oírlo absorto...
¿y tú quién eres? Del infierno aborto,
sin amor, sin familia, sin amigos,
robando al cuerpo hasta el sustento caro,
vives, monstruo social, que horror inspiras,
ruin reptil que empozoñas cuanto miras;
súcio, amarillo, repugnante Avaro.

Qué te importa la ciencia,
ni Dios, ni el bienestar de las naciones,
cuando ni tienes de tu sér conciencia,
ni conoces más patria ni derecho,

ni caras afecciones,
que el atestar tus arcas de doblones?
Excrescencia social, ¿qué hablas, si al cabo
te es todo indiferente,
fuera de tu tesoro?

Tu conciencia, es ahuchar; tú Dios, el oro.

Y si es tu condicion tan execrable,
¿cuál de los dos será más miserable?

—Es él: dijo al momento

un fuerte y jóven can de San Bernardo,

que á toda la cuestion estuvo atento.

¡Buena, si vuelve á hablar, yo se la guardo!

Aunque en mi noble raza es una afrenta

tocar á un bicho así, tan repugnante,

no tardan ni un instante

en dar mis dientes de su audacia cuenta;

que aunque amar á los hombres es mi norte,

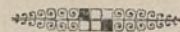
y al bien de todos siempre estoy dispuesto,

á éste, no sé por qué, le odio y detesto.

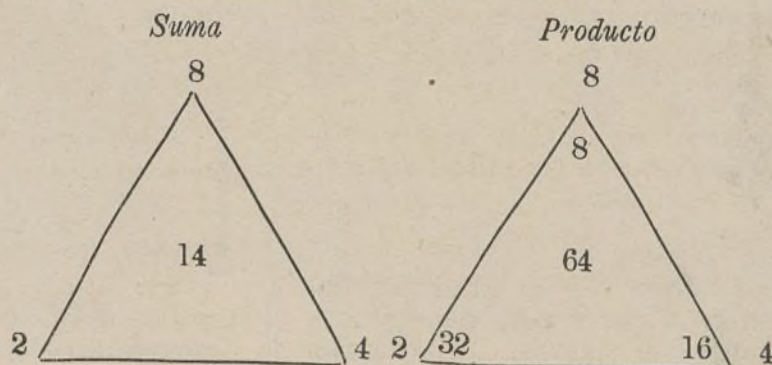
¿Qué desprecio el Avaro no merece,

cuando hasta el dócil Perro le aborrece?

VICENTE REGULEZ Y BRAVO.



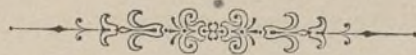
TRIÁNGULOS NUMÉRICOS



EXPLICACION.—Elijanse tres números cualesquiera: colóquense arbitrariamente en cada uno de los tres vértices de los ángulos del triángulo (como se vé en las figuras) y se observará que de cualquier modo que se sumen, el resultado es siempre el mismo.

Para hallar los productos, multiplíquense dos ángulos consecutivos del triángulo y el producto que resulte escríbase en el interior del vértice del tercer ángulo: hágase lo mismo sucesivamente con los productos respectivos en el interior de los otros dos vértices: multiplíquense de nuevo dos á dos (el número exterior por el interior de cada vértice) y se obtendrá un producto igual para los tres.

JOSÉ ANTONIO GARCÍA DE LA IGLESIA
(ESCOLAPIO)



SOLUCION AL PROBLEMA DEL NÚMERO ANTERIOR

Sean X los confites, Y el precio de cada uno y Z los nietos.

$$\begin{array}{l|l|l} x y = 3,50 & 20(z-1)y = 3,50 & 20yz - 20y = 3,50 \\ (z-1) 20 = x & 20(z-1) = 18z + 10 & 2z = 30 \\ 18z + 10 = x & & \end{array}$$

Luego los nietos eran 15, los confites 280 y el precio de cada confite 0,0125 pesetas.

R. Velasco, impresor, Rubio, 20.

SECCION DE ANUNCIOS

MILAGRITO

POLKA-MAZURKA

Esta preciosa pieza de música se vende á 4 rs. en la Administracion de esta Revista, Fuencarral, 3, principal, y en los almacenes de los señores Romero, Preciados, 1, y Toledo, Fuencarral, 11.

EL MEJOR REGALO

QUE UN PADRE PUEDE HACER Á SUS HIJOS

La Ilustracion de los Niños

REVISTA QUINCENAL

REDACTADA POR DISTINGUIDOS ESCRITORES É ILUSTRADA
POR REPUTADOS ARTISTAS

Cuesta solo **ocho reales al mes** en Madrid; siete pesetas cincuenta céntimos en provincias, cinco pesos fuertes en oro en Ultramar y el extranjero.

Oficinas, Fuencarral, 3, pral.

IMPORTANTE

Á ruego de muchos señores suscritores, todos los regalos de esta Revista se venden al precio de 4 reales en la Administracion del periódico, calle de Fuencarral, núm. 3, principal.

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA.—Se han publicado siete tomos: *Manual de física popular*, por D. Gumerindo Vicuña; el primero del *Novísimo Romancero Español*, por los escritores más distinguidos; *Manual de aguas y riegos*, por D. Rafael Laguna; *Manual de Metalurgia* (tomo I), por D. Luis Barinaga; tomo I del *Año Cristiano* (Enero), por D. Antonio Bravo y Tudela; *Manual de Mecánica popular*, por D. Tomás Ariño, y *Manual de industrias químicas inorgánicas* (tomo I), por D. Francisco Balaguer.—Cada semana aparecerá un tomo de 256 páginas, ilustrado con

grabados.—Precio por suscripcion, una peseta, y seis reales el tomo suelto, pudiéndose suscribir á todas ó á una sola de las secciones.

Los pedidos, á su editor, D. Gregorio Estrada, Doctor Fourquet, 7, Madrid.

FÁBULAS MORALES, POR DON ALFONSO E. OLLERO.—Este libro, de lectura agradable y útil, forma un tomo de 340 páginas en 4.º mayor, y se vende á 12 reales en las principales librerías y en casa de su autor, Olivo, 24, pral. Los suscritores de LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS, podrán adquirirle por 10 rs. presen-

tando el recibo de su suscripcion en la Administracion de aquella, Fuencarral, 3, pral.

EL RECREO INSTRUCTIVO.—Coleccion de obritas dramáticas á propósito para ser representadas por niños, y de las cuales se han agotado ya dos ediciones. *La Caridad*, en dos actos, *El Mesías prometido*, en uno; *Muerte y resurreccion de Jesús*, en tres cuadros.

Administracion de la *Revista de Beneficencia, Sanidad y Establecimientos penales*.

Pedidos, al autor, D. E. Llofriu, Duque de Alba, 18, 3.º, izquierda.

FÁBULAS EN ACCION.—Cuadritos dramáticos en verso, por Teodoro Guerrero.—Las FÁBULAS son comedias que encierran una enseñanza moral, escritas para que los niños y los jóvenes puedan representarlas en sus casas ó en los colegios, y sirven además de ejercicio para la lectura del málogo en verso.

Contiene el tomo las siguientes:

La filosofía del vino.—*El valor del tiempo* (con lámina).—*Un minuto de olvido*.—*La lógica del duelo* (en dos cuadros).—*La educacion de la mujer*.—*El dinero y la hermosura* (en tres cuadros).—*Entre el vicio y la virtud*.

Se vende á 6 rs. en Madrid, en la librería de Sanchíz, plaza de Matute, núm. 2. Pedidos de provincias

al autor, calle de Claudio-Coello, núm. 13, remitiendo 7 rs

Los suscritores de LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS pagarán sólo 4 reales en Madrid y 5 en provincias, advirtiéndolo al hacer el pedido ó presentando el recibo en la librería.

BIBLIOTECA DE SEÑORAS.—Novelas originales de la señora doña Faustina Saez de Melgar.—Administracion: calle de Silva, núm. 29, 2.º, Madrid.—París: Dené Schmitz.—Havana: A. Chao.

TARJETAS Á 6 RS 100

TARJETONES

ESQUELITAS, CIRCULARES

MEMBRETES É IMPRESIONES

DE TODAS CLASES

Calle del Rubio, 20

LICEO BENAVENT.—ACADEMIA DE FRANCÉS.—Enseñanza esmerada de caligrafía, reforma de letra, teneduría de libros, música, solfeo y piano. Director, Enrique Benavent, profesor de idioma francés.

Lecciones á domicilio.

El libro de texto del Sr. Benavent, y su precio el de 40 rs.

Clases en colegios y casas particulares.

La matrícula está abierta todo el año.

San Bernardo, 52, pral., Madrid.

OBRAS DE TEXTO, escritas por María del Pilar Sinúes.—*La Ley de Dios*, Coleccion de leyendas basadas en los preceptos del Decálogo, sexta edicion, ilustrada con láminas: precio, 6 rs.—*A la luz de una lámpara*, coleccion de cuentos morales, nueva y bonita edicion: precio, 4 rs.—Estos dos libros se hallan de venta en todas las librerías, y en casa de su autora, calle de Vergara, núm. 1, tercero izquierda, Madrid, como

tambien *Combates de la vida*, dos novelas originales, que forman un tomo de 400 páginas en 8.º, al precio de 10 reales. Segun el pedido, se hacen grandes rebajas.

HISTORIA DE ESPAÑA, POR D. ESTEBAN HERNANDEZ Y FERNANDEZ.—Se publica por entregas de 8 páginas en 4.º, buen papel y con abundante lectura.—Precio, un cuartillo de real cada entrega.—Semanalmente

se repartirá un cuaderno de ocho entregas, ó sean seseta y cuatro páginas, y una hermosa lámina, costando solo 2 reales.

Con el último cuaderno de la obra se regalará una gran coleccion de retratos de los personajes que más han figurado en la revolucion de 1868.

Los pedidos á los señores Murcia y Martí, calle de las Tabernillas, número 2, Madrid.

PLEGARIA

para Piano

por GLORIA MELGAR

PLEGARIA.

Virgen Maria,
madre de amores,
ramo de flores,
que Dios formó,
Eres la estrella,
pura y hermosa
mística rosa
de Jericó.

Hoy á tus plantas
llego ferviente,
y reverente
con humildad.

A ti me acoja,
luz de mi vida,
sea mi égida
tu caridad.

Dame, Señora,
una esperanza
de bienandanza,
en mi aflicción.
Sublime puerto,
del navegante,
te adora amante
mi corazón.

DEDICADA A MI MAMA

D^a FAUSTINA
SAEZ de MELGAR

Propiedad de la
ILUSTRACIÓN DE LOS
NIÑOS

PRECIO rs

4

F. S de M.

Se vende en la

Ayuntamiento de Madrid

Admon de este periodico.

A MI QUERIDA MAMÁ.

PLEGARIA.

para CANTO con acompañamiento de PIANO,

POR

GLORIA MELGAR.

Andante.

CANTO.

PIANO.

Vir - gen Ma - ri - a ma - dre de a - mo - res ra - mo de

flo - res que Dios for - mó. E - res la estre - lla
 pu - ra y her - mo - sa mís - ti - ca ro - sa de Je - ri - có
 mís - ti - ca ro - sa de Je - ri - có
 Vir - gen Ma - ri - a ma - dre de a - mo - res ra - mo de

rit:

fio - res que Dios for - - mó. E - res la es-
 - tre - lla pu - ra y her - mo - sa mis - ti - ca ro - sa de Je - ri -
 - có mis - ti - ca ro - sa de Je - ri - có mis - ti - ca
 ro - sa de Je - ri - có de Je - ri - - có.

rit:

a tempo.

ff